

---

JOAN BRADY

---

Dios  
vuelve en una  
Harley



Con treinta y siete años y una figura que no se ajusta a los cánones de belleza, Christine tiene pocas esperanzas de encontrar al hombre con quien compartir su futuro. Lo que no sabe es que Dios ha vuelto a la tierra para entregarle unas simples reglas de vida, acordes con nuestro tiempo, que harán de ella una mujer distinta y libre.

Aunque vista chupa de cuero y cabalgue una Harley Davidson, en sus ojos se halla la sabiduría y en sus palabras sencillas descubrimos lo que siempre habíamos sospechado: el camino hacia la felicidad empieza y acaba en nosotros mismos.

*A mi ángel protector, Tommy,  
y a Reggie, rey de la costa de Jersey.*

## Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud a mi agente, Denise Stinton, por haberme dado acceso a un nuevo mundo para mí; a Emily Bestler y Eric Rayman por haberme guiado experta y pacientemente durante el proceso; y muy especialmente a la fuerza espiritual que hay en todos nosotros.

Soy la primera en admitir que nunca he entendido por qué lo llaman el «Estado jardín». Y sobre todo no entendía por qué, después de siete años sabáticos en la Costa Oeste, me sentía feliz de estar de vuelta en Nueva Jersey. Al fin y al cabo, todo el mundo asocia Nueva Jersey con los malsanos humos industriales que flotan sobre el nudo de la autopista Turnpike en Newark y no con el frondoso follaje otoñal que transcurre a ambos lados de la Garden State Parkway. Nuestro estado es blanco de todas las burlas en las tertulias televisivas nocturnas, aunque nunca se menciona el gran sentido del humor con que encajamos todos esos comentarios despectivos. También es un error frecuente asumir que nosotros, los de Jersey, sufrimos un complejo de inferioridad colectivo por vivir justo al lado de Nueva York, la ciudad que nunca duerme. No importa. Tampoco somos nosotros quienes sufrimos atentados terroristas. Quizá, por fin a alguien se le ocurrió que bastante desgracia teníamos.

Allá ellos. Tenemos algo que los neoyorquinos no tendrán nunca: la costa de Jersey. Quien haya pasado aquí siquiera una hora a la luz de la luna o bajo el sol reconocerá que nuestro litoral podría despertar el romanticismo latente enterrado en el fondo del neoyorquino más cínico. La pandilla de la tele puede hacer todos los chistes que quiera sobre «Chersy», pero probablemente esto se deba a que estos tipos nunca han presenciado el instante en que la blanca espuma hace estallar la sal en el aire del atardecer y la luna parece un bollo inglés de color naranja saliendo de golpe del tostador de las nubes.

Así es como yo lo vi la primera noche que conduje por la interestatal 95 hasta aparcar por fin delante de la urbanización de mi nuevo apartamento, a tan sólo cinco manzanas de la playa. Había hecho todos los preparativos por teléfono desde Los Ángeles y luego había cruzado el país en

coche en tan sólo cuatro días. Por algún motivo sentía una necesidad urgente de regresar a todo lo que me era familiar, y las tarjetas de crédito y los sistemas de fax volvían ese tipo de gestiones increíblemente sencillas. Caras quizá, pero muy sencillas.

En cierto modo, casi era estimulante estar de nuevo en los conocidos pasillos de siempre del Centro Médico Metropolitano. A pesar de las nefastas advertencias de los amigos de la Costa Oeste que profetizaban lo mucho que me costaría conseguir un puesto de enfermera, conseguí un empleo de inmediato merced a la reducción generalizada de plantilla llevada a cabo en los hospitales durante los últimos tiempos. Tiene gracia que volvieran a contratarme para mi antiguo puesto de 3 a 11 como enfermera jefe de la Unidad Quirúrgica de Traumatología. Pese a que padecía un caso típico de desgaste profesional, hallaba cierto consuelo en la familiaridad de las escaleras y pasillos concurridos que tanta historia contenían para mí. Me sentía algo así como un soldado hastiado de guerra que, sin él explicárselo, se encuentra arrastrado a los campos de batalla donde, en otro tiempo, había luchado por su vida.

Durante mis quince años de enfermera, he trabajado en hospitales de todo el país en una búsqueda incesante por un puesto que no consumiera mi alma. Nunca he encontrado ese trabajo que pudiera soportar de manera permanente y, por lo visto, volvía a encontrarme en el punto de partida. Estaba de nuevo donde todo había empezado, y los recuerdos, la mayoría desagradables, se inmiscuían como huéspedes a los que nadie había invitado. Debía de haber caminado como mínimo un millón de kilómetros por aquellos viejos pasillos de paredes desconchadas, y subido las escaleras de atrás las veces suficientes como para dar la vuelta a la luna. Las paredes grises, de bloques de cemento, eran las mismas contra las que tantas noches me había apoyado, con los huesos de la espalda tan doloridos como

los de una mula de carga y los pies como dos masas de carne muerta pegadas a los tobillos.

Pero también había cosas buenas. Me las arreglé para enamorarme un par de veces en esta vieja y destartalada casa de desgracias. Qué tiempos aquellos. Besos furtivos en ascensores vacíos. Arrebatos de pasión en escaleras desiertas. Ojos que asomaban por encima de mascarillas quirúrgicas y que decían cosas que los labios nunca podrían expresar. Amor entre las ruinas. Amor irreprimible que brotaba entre el drama y la agonía de un hospital del centro de una gran ciudad como briznas de hierba que consiguen multiplicarse y crecer en las grietas de una acera de cemento. Yo era joven y romántica por aquel entonces. Soñaba con enamorarme locamente y casarme. Sueños que encontraron una muerte lenta y dolorosa.

Y aquí estaba yo otra vez, de vuelta en el ring para el segundo asalto, pero en absoluto preparada para ello. Me consolaba el hecho de que, como mínimo, tenía más años y, según era de esperar, sería más juiciosa. Nunca permitiría que nadie me pisoteara otra vez el corazón, como Michael había hecho tiempo atrás. Hacía mucho que había hibernado todos aquellos sentimientos, siete años para ser exactos, y no quería que nadie intentara reanimarlos. Nada de heroicidades para este viejo corazón. Mejor dejarlo tranquilo y que muriera por causas naturales. Al menos, ya no dolía. Eutanasia cardíaca, supongo.

Cada vez que empiezo un nuevo trabajo, me obligo a mí misma a no ser dejada y cenar cada noche en una mesa como un ser humano civilizado, en vez de engullir apresurados bocados de comida entre vistazos a monitores cardíacos, firmas gráficas de control y carreras en busca del médico. Este programa nunca se cumple más allá de la primera semana, pero las intenciones son siempre buenas al principio.

Sólo llevaba tres días trabajando, así que tenía el firme propósito de aprovechar en serio la «hora» de treinta minu-

tos de que disponía para comer. Doblé una esquina y entré en la cafetería del hospital, a la que entonces llamaban «comedor» en un patético intento administrativo de competir con otros hospitales para conseguir pacientes, o «clientes» como ahora se les denominaba. Aunque el letrero sobre la puerta y el mobiliario fueran nuevos, por lo que yo pude ver, el plato principal era el mismo e inidentificable guiso de pollo de siempre. Miré con pasividad cómo un hombre joven de obesidad morbosa, con granos en la cara y un sombrero de *chef* en la cabeza, dejaba caer con un paff aquella bazofia en mi plato. Pagué por mi veneno y me lo llevé a un asiento junto a la ventana en el extremo más apartado de la sala, contenta para mis adentros de que el ajetreo de las seis de la tarde hubiera pasado hacía rato y de que no tuviera que mostrarme agradable con nadie. No estaba de humor, sencillamente.

Miraba ensimismada por la ventana llena de manchas de la cafetería y no sé con seguridad si me sentí temporalmente transportada o sufrí una especie de ataque leve de epilepsia. El caso es que no fui capaz de desviar aquella mirada que se dilataba a través de la bochornosa noche de junio hasta que sentí una mano bastante grande que irrumpió sin pedir permiso sobre mi hombro, acompañada de una voz masculina que me resultaba familiar.

—Christine —dijo en tono dulce la perpleja voz.

Michael Stein. Reconocí su timbre de barítono antes incluso de darme la vuelta. Era una voz que, siete años antes, me había cantado canciones de amor, había susurrado sentimientos dignos de clasificación X a mi ávido oído... y había arrojado una granada de mano a mi corazón.

Sabía que tendría que toparme con él tarde o temprano, pero esperaba que fuera más tarde. Aún no tenía preparado un discurso, aunque había ensayado como mínimo unas doce versiones diferentes durante el viaje interminable por la interestatal 10 que cruza Texas. Ninguna de ellas decía con exactitud lo que tanto deseaba comunicar, a



saber, que ningún hombre me había lastimado del modo que él lo había hecho y que no había sido capaz de querer a nadie desde el día que él decidió interrumpir el suministro energético a nuestra relación. Aquel día le había visto marcharse en su coche desde mi ventana y tuve que morder las cortinas para no ponerme a suplicar que volviera. Quería que se sintiera culpable por no haber sido capaz de comprometerse conmigo, pero no tan culpable como para excluir la posibilidad de volver a verme.

—Michael —sonreí, intentando dar la impresión, en la medida de lo posible, de ser alguien que había superado el dolor y que había reanudado su vida. Empujé el pie contra la silla que había a mi lado para apartarla de la mesa—. Siéntate, por favor —indiqué, con un tono estudiado que esperaba sonara maduro y seductor.

Pareció aliviado de encontrar cierta afabilidad. Supongo que se temía las dagas verbales que le lanzaba en el pasado, pero siete años son un montón de años y quise demostrarle lo mucho que había mejorado en todo este tiempo. Además, no quería que él se percatara de cuánto sufría todavía al mirar esos transparentes ojos azules suyos, que aún podían hipnotizarme con una sola mirada.

Llevaba puesto el uniforme de anestesista: bata verde de operaciones, protecciones azules de papel para los zapatos y un gorro quirúrgico a juego que no conseguía ocultar las canas, nuevas para mí, que asomaban en sus sienes. Bien. Me alegraba de que tuviera algunas canas. Abrigué la esperanza de que quizá también se estuviera quedando calvo. Por supuesto, me hubiera gustado aún más que, además de las canas, exhibiera una curva prominente en la cintura, pero su talle parecía seguir tan esbelto como siempre, tal vez incluso más.

—Estás genial, Christine.

Mentía. Yo debía de haber engordado cinco kilos desde la última vez que nos vimos y los años no me habían tratado ni con mucho tan bien como por lo visto lo habían trata-

do a él. Sin duda habría advertido las pequeñas y finas líneas que rodeaban mis ojos y que ninguna crema hidratante podía borrar.

—Y tú también —mentí. Bueno, de acuerdo, quizá no fuera mentira. De hecho tenía mejor aspecto que nunca, pero no iba a permitir que eso me impidiera disfrutar el momento en el que él tuviera que dar algunas explicaciones, si su intención era reanudar nuestra relación. Sin duda era sensato suponer, sin temor a equivocarse, que una pasión como la nuestra no se evaporaba sin más en el espacio. De hecho, su presencia ya empezaba a provocarme unas leves punzadas, y estaba segura de que él también las experimentaba.

Empezó a hacer comentarios superficiales, aunque yo parecía estar en cualquier otro lugar, en una especie de cabina insonorizada. No oí ni una sola palabra. Estaba demasiado absorta en escenas retrospectivas de los días en que Michael me había querido, o al menos eso pensaba yo. Sucedió durante sus prácticas como interno, cuando yo era la experimentada enfermera de trauma que le había enseñado todo lo que él sabía. Siempre sucedía igual con los internos. Cuando se embarcaban eran increíblemente humildes, con ganas de aprender, respetuosos con las enfermeras y agradecidos por las cosas que podíamos enseñarles. Sin embargo, para el primero de julio del siguiente año, cuando se convertían por arte de magia en médicos residentes, lo normal era que hubieran olvidado hasta nuestros nombres y nos trataban igual que a los pacientes con cerebro aletargado que recibían nuestros cuidados.

Pero Michael, no. Nuestra relación había sido muy diferente desde el comienzo. Habíamos trabajado a diario hombro con hombro en situaciones de vida o muerte, y el pánico se había convertido en una forma de vida para nosotros.

Es de sobra conocido que entre enfermeras y médicos hay algo eléctrico, casi sexual, cuando se trabaja en situa-

ciones de emergencia. La adrenalina empieza a brotar con profusión, sube la temperatura corporal y el pulso late con fuerza. Añade a todo esto un poco de testosterona y tienes la receta ideal para una aventura sentimental.

Hay algo en esas subidas crónicas de adrenalina y en estar expuesto cotidianamente a tanto sufrimiento humano que hace que también te enfrentes cara a cara a tu propia mortalidad, lo cual no es en absoluto agradable. Te gustaría negarlo y reafirmar que tú, como mínimo, sigues aún viva. Caes en la cuenta de que empiezas a perder la capacidad para sentir emociones y necesitas desesperadamente convencerte de que todavía tienes sentimientos.

Michael y yo nos reafirmamos el uno al otro nuestros sentimientos y nuestra condición de seres vivos en múltiples ocasiones durante los tres años en que trabajamos juntos. Nos enamoramos sobre una bandeja de intubación una noche después de que perdiéramos a un hombre de cuarenta y siete años que presentaba un cuadro de aneurisma aórtico herniario. Michael me preguntó si me parecía correcto que ejercitara las técnicas de intubación sobre aquel hombre, puesto que ya estaba muerto e intubar los fiambres conservados en formol con los que se hacían las prácticas no era lo mismo. Michael tenía que aprender con «alguien» y estábamos convencidos de que a un hombre muerto no le importaría que un interno novato practicara sobre él unas técnicas tan necesarias. Al fin y al cabo, quizá sirviera para salvar la vida de alguien en el futuro.

Corrí discretamente la cortina alrededor del lecho del paciente y salí a decir a la familia que el doctor continuaba «trabajando con él» y a advertirles que no era algo muy agradable de presenciar. Cuando volví a la cabecera del enfermo, Michael había intubado con éxito a su primer paciente de verdad. Al salir del trabajo a las once y media me invitó a celebrarlo en el garito que había al otro lado de la calle, y así fue como empezó todo.

Todos nuestros sentidos parecían intensificados por la urgencia de nuestro trabajo. La admiración y el amor que sentíamos el uno por el otro no tardaron en afianzarse en el terreno abonado de las camillas de emergencias, las constantes vitales y los equipos de ambulancias. Fue el principio de una relación sentimental que duró tres años, y todo era tan perfecto y apasionado... hasta el día en que saqué a colación el tema del matrimonio. Ahí fue cuando todo el coraje que él había exhibido en operaciones a corazón abierto, manejando códigos y hablando con abogados encargados de casos de negligencia profesional, le abandonó por completo. Era obvio que Michael Stein era capaz de grandes cosas, pero el compromiso no era una de ellas.

Por qué no había mencionado esta pequeña fobia matrimonial tres años antes, cuando yo todavía tenía posibilidades de salir de aquello airoso, con mi lucidez intacta, es algo que nunca sabré. Sin embargo, sospecho que él comprendía que yo, como irlandesa cabezota que soy, habría puesto fin a nuestra relación en el mismo instante en que se retratara como el cobarde que era ante cualquier tipo de compromiso.

Michael dijo que yo era testaruda. Respondí que ése era uno de los motivos por los que me quería. Me dio la razón pero añadió que también ésa era una de las causas por las que no iba a casarse conmigo. Naturalmente, se sucedieron las peleas y escenas dramáticas pero, al final, yo saqué la bandera blanca de la rendición y dejé el Centro Médico Metropolitano y a Michael, con la esperanza de que ambos se hundieran en su miseria.

Acababa de enterarme de una nueva forma de ejercer la enfermería, los contratos de enfermera ambulante, mediante los cuales podías trabajar para una agencia, con destinos breves por todo el país. Decidí que aquello era el bálsamo perfecto para un corazón roto, así que me dispuse a llevar la vida de un canto rodado y dejarme arrastrar de ciudad en ciudad. Como era de esperar, terminé echando

raíces en la primera ciudad a la que me enviaron. Los Ángeles me pareció una maravilla después de toda una vida de inviernos en la Costa Este, y tampoco hice ascos al estilo de vida relajado de California. Pero basta, ya me estoy yendo por las ramas.

Así que me encontraba de nuevo allí, observando otra vez los luminosos ojos azules de Michael e intentando ahogar las pequeñas semillas de esperanza que volvían a germinar en mi corazón. Fue en ese preciso instante cuando me percaté del brillante anillo de oro que llevaba en la mano izquierda, y a él no se le escapó la forma en que se me paralizó la respiración al captar aquel detalle. Se limitó a sonreír con gesto avergonzado mientras yo permanecía boquiabierta.

—¿Quién? —interrogué, casi incapaz de hacer pasar la pregunta por el nudo que tenía en la garganta.

—No creo que la conozcas —dijo al tiempo que, inquieto, cambiaba de postura en la silla de metal de la cafetería.

—Ponme a prueba —le desafié. Tenía que enterarme, aunque me arrancara la vida. Casi lo consigue.

Ni siquiera fue capaz de mirarme a los ojos cuando pronunció el nombre.

—Sheila Conlin —masculló con una sonrisa falsa.

—¿Qué? —estaba horrorizada. Furiosa. Destrozada. No fui capaz de reprimir las palabras que empezaron a brotar incontroladas desde algún lugar en lo más profundo de mis entrañas—. Vamos, ¿me estás diciendo que era conmigo con quien no querías casarte? ¿Conmigo que te amaba? ¿Conmigo que era la mejor amiga del mundo? Dijiste que era porque el matrimonio te asustaba, y luego vas y te casas con una... una...

—Contente, Christine —dijo, a la defensiva. Levantó aquellos encantadores ojos azules para mirarme y, simultáneamente, su tono se suavizó. Dios, todavía sabía cómo engatusarme—. Mira, estás en tu derecho de sentirte indignada. Entiendo que...

—¡Tú no entiendes nada! —interrumpí furiosa.

Michael no me dejó seguir.

—Mira, Sheila es una buena persona. Es posible que incluso te cayera bien si llegaras a conocerla...

—Me das ganas de vomitar —le interrumpí mientras la rabia se apoderaba de mí. ¿Sheila Conlin? Por supuesto que conocía a Sheila Conlin y él lo sabía. Había sido mi enfermera supervisora todos aquellos años atrás y Michael me había oído quejarme de ella infinidad de noches. Yo nunca le había caído bien porque siempre amenazaba con llamar a *60 Minutos* y revelar la vergonzosa insuficiencia de personal que sufría el Centro Médico Metropolitano. ¿Sheila Conlin? No era guapa. Ni siquiera lista. No era más que la típica enfermera apocada, sumisa.

Claro, supongo que tal vez era ésa la explicación. Quizá Michael era de los que se sentían amenazados por las mujeres fuertes e inteligentes. No sería el primer hombre de éxito que se casaba con una mojígata, sin seso y servil. ¿Cómo se me había pasado por alto esta faceta de él? De haberlo sabido quizás hubiera moderado un poco mi actitud. De eso nada. ¿En qué estaba pensando? Además, Michael siempre había dado a entender que admiraba mi vena rebelde. ¿Acaso sólo había estado siguiéndome la corriente durante tres años?

—Supongo que la pobre Sheila tendrá alguna otra clase de virtud —dije con malicia—, porque Dios sabe que es tonta perdida.

Por raro que parezca, encajó mi comentario sin pestañear. Era obvio que había decidido no pelearse conmigo por insultante que fuera mi actitud.

—Mira, Christine —dijo con la más delicada de sus voces—. Ahora soy feliz. ¿Es que no te alegras por mí?

—¡No, Michael, no puedo! —repliqué, desconcertada por el temblor de mi voz—. Y espero que me disculpes por no enviar un tardío regalo de boda —siempre recurro al sarcasmo cuando me siento vulnerable.

—Siempre echas mano del sarcasmo cuando te sientes vulnerable —comentó con una sonrisa divertida. Le odié en aquel momento. Y todavía le odié más cuando agregó—: Mira, Christine, en realidad es a ti a quien te lo tengo que agradecer. —Se percató de la consternación que mi rostro debía de acusar y se apresuró a añadir: Me refiero a que, si no hubieras discutido conmigo y me hubieras hecho ver lo infantil que era en mi postura respecto al matrimonio, no habría estado preparado para recibir a Sheila cuando ella apareció en mi vida.

No daba crédito a mis oídos.

—Ahora sí que voy a vomitar —comenté con la esperanza de que toda la cafetería, pese a estar vacía, pudiera escucharme.

El busca de Michael escogió aquel momento oportuno para sonar. Era la llamada de regreso a la sala de operaciones, donde seguiría haciendo más dinero del que pudiera gastar, simplemente por «dar gas». Una urgencia masoquista se apoderó de mí antes de dispensarlo y me lancé ávidamente a indagar sobre los detalles más sórdidos y penosos de su vida actual.

Me enteré de que la que era su esposa desde hacía tres años estaba embarazada de su segundo hijo. Por algún motivo no podía imaginarme a Sheila Conlin preñada de otra cosa que no fuera ignorancia de burócrata (me negaba a llamarla Sheila Stein, resultaba demasiado doloroso).

Los imaginé haciendo el amor en el dormitorio principal de una mansión a orillas del mar, e imaginé una diferencia abismal con las ardientes y apasionadas noches que yo había pasado con Michael Stein en su sofocante cuartucho de guardia, entre visitas regulares a la Unidad de Traumatología. Incluso recordé cómo aquel maldito busca se ponía siempre a sonar en el momento más inoportuno, lo que nos llevó a apodararlo en broma el «CI», forma abreviada de «coitus interruptus».